

## 1.

¿Matar al rey o tomarse una cerveza? ¿Dar una caminata por las Vistillas o intentar contra la embajada de Estados Unidos? Las opciones son tantas que se siente paralizado. ¿Meterse en un bar a ligar o secuestrar a la directora del Fondo Monetario Internacional? ¿Sumarse a la manifestación que está recorriendo el centro? Lo que necesita es evaluar la coyuntura y definir las acciones por emprender. No se puede quejar de falta de tiempo, porque si algo ha tenido a lo largo de su vida ha sido eso: tiempo. Debe tomarse las cosas con calma, aunque sin dejar que los días pasen. Después de tantos años de lucha lo único que tiene claro es que, tarde o temprano, la revolución siempre triunfa.

Llegó a Madrid con la esperanza de que todo fuera diferente. Tardó tres o cuatro días en darse cuenta de que estaba huyendo. Caminaba por la ciudad y, mientras reconocía las calles, insistía en convencerse de que su decisión había sido la acertada. No tenía otro argumento para justificar sus expectativas que la nostalgia mezclada con un optimismo algo forzado. Tampoco tenía otro plan. Desayunó en San Ginés, mató un par de noches en la plaza Santa Ana y visitó un piso en la calle Atocha solo para concluir que setenta y cinco años atrás los churros eran más crujientes, el vino más noble y las putas más atentas. La ciudad había cambiado más que él. Cuando se sentía perdido, y no porque no supiera en qué punto del mapa se encontraba, buscaba algún rincón oscuro en una calle solitaria y aspiraba profundamente. El truco no fallaba: el fiel olor a meados confirmaba que estaba en Madrid, que el mundo no había cambiado tanto y que todavía tenía cabida en él.

No obstante, esas largas caminatas sin rumbo constatan que nada tiene por qué ser diferente. El tiempo prevalece sobre la geografía. Entra en un bar, dispuesto a terminar su jornada con una borrachera discreta, lo que se está convirtiendo en una costumbre. Pide una caña, para quitarse el mal

sabor de boca, y un *whiskey* en las rocas, para perfumarla. El optimismo fingido poco a poco va ganando autenticidad. Incluso se anima a hacer planes que más bien son deseos: imagina que conoce a una mujer y, por más que alardean de tener el corazón blindado, se enamoran perdidamente; se promete al día siguiente entablar comunicación con sus contactos, con los que empezará de inmediato a operar; calcula que en unos dos o tres años Madrid se convertirá en una base desde la que intervendrá en América Latina.

El cantinero sirve las bebidas junto con una tapa miserable de aceitunas; para compensar, pide media ración de jamón y media de queso. Finge ver el partido de fútbol, pero presta más atención a la clientela. Busca a la mujer de quien enamorarse, estudia los rostros de los hombres intentando adivinar sus pensamientos, evalúa quiénes – llegado el momento– estarían en su bando y quiénes en contra. El bar no le desagrada y contempla la posibilidad de convertirlo en su centro de operaciones. Necesitará un lugar para reunirse con sus compañeros, citar a nuevos elementos, trazar planes. Con el tiempo y una pizca de suerte, piensa, el bar se convertirá en un lugar mítico al que acudirán sus admiradores en una especie de peregrinación, e incluso los turistas, obedeciendo a sus guías.

Escudriña los rostros de los clientes, uno por uno. Cuando llegó, apenas unos días atrás, no se atrevía a ver a nadie fijamente. Estaba seguro de que la luz azul no tardaría en surgir. Venía huyendo de ella y de lo que representaba, pero sobre todo de ella. Sin embargo, en Paraguay, al verla le resultaba imposible no seguir su resplandor, y cuando pasaban varios días sin que apareciera, el miedo de volver a vislumbrarla se iba acumulando hasta hacerse insoportable; en cierta forma, ansiaba que se encendiera otra vez. Sabía que en Madrid la vería en cuanto aterrizara; no le hubiera extrañado que apareciera en algún empleado de aduana o en el taxista que lo llevaría a la ciudad. Pero no fue así.

La confianza ha ido sustituyendo al temor y se afianza con cada cara que mira. No importa que estén envejecidas, cansadas o con las facciones desfiguradas por el alcohol, como un juego de mesa cuando la mesa se mueve brusca-mente. Por el simple hecho de no irradiar esa aura, todos los rostros del bar le resultan atractivos.

Examina el local con más atención. El piso está cubierto de servilletas grasientas, de huesos de aceituna, de palillos, de desechos de marisco. Los hombres recargados en la barra miran el partido sin apenas comentarlo. Hay también grupos de tres o cuatro personas de pie, que charlan animadamente, ajenos al juego. Parece imposible captar la atención de unos o de otros, lo que resulta cómodo. Como si la narración de los comentaristas de la televisión y la plática de los clientes no produjeran suficiente ruido, se escuchan canciones románticas de música de fondo. Decide que aunque el bar es barato no es idóneo para convertirlo en centro de operaciones. Ya encontrará otro; mientras tanto, pide otro *whiskey*.

Observa sus manos. Casi nunca las mira con atención. Nadie lo hace. Sin embargo, han permanecido idénticas tantos años, inmutables, que detectaría cualquier cambio con facilidad. Busca alguna arruga, cicatriz o mancha. No la encuentra. Sabe que envejece, en secreto, como todos. Sin embargo, ni en sus manos, ni en su cara, ni en su forma de andar se revela aún el secreto. Le da curiosidad envejecer; qué pena que no se sienta nada. Hasta para envejecer hay que tener paciencia. Además, es justo. Así, finalmente, se iguala con los demás hombres: ahora él también es mortal.

Mientras mira sus manos, piensa que quizás ya ha recobrado su condición natural. Solo habría envejecido un par de meses, lo que resultaría imperceptible. Creía que para recuperar su naturaleza haría falta empezar a organizarse, elaborar planes detallados, incluso concretar acciones, pero quizás estaba equivocado y bastaba con llegar a un lugar nuevo con la intención de volver a empezar a

cambiar el mundo. En Madrid la luz ya no aparecerá, y tampoco las canas, las reumas ni los problemas digestivos.

En la televisión, el Atlético de Madrid marca un gol y el bar estalla en júbilo, salvo un muchacho, solitario, recargado en la barra, que frunce los labios y niega con la cabeza, casi imperceptiblemente. También casi imperceptiblemente la luz azul emana de su cuerpo. Es extraño que no lo viera al entrar en el bar, él, acostumbrado a detectar grupos de infiltrados en las manifestaciones, a los agentes encubiertos más experimentados, a un burgués en una organización comunista.

El muchacho no llega a los veinte años, es bien parecido y por más que su equipo –el Real Madrid– va perdiendo, transmite la energía propia de su edad. Se acerca un poco para verlo mejor. La luz se intensifica. El muchacho alarga una caña para que le dure los cuarenta y cinco minutos del segundo tiempo. Se la lleva a la boca muy seguido, solo para mojarse los labios.

Mientras tanto, él contiene el impulso de salir inmediatamente del bar y fingir que no ha visto nada. Ya sabía que las cosas no tenían por qué cambiar al principio, pero la situación tiene remedio. Debe incorporarse a alguna organización o, mejor aún, crear una propia y empezar a operar lo más rápido posible. En cierta forma, desde que llegó a Madrid ha estado esperando este momento. Puede interpretarlo como una señal de arranque. Ahora no hay otro remedio que entrar en acción. La luz funesta es también una esperanza de futuro.

El festejo del bar lo saca de sus pensamientos. El Atlético acaba de marcar el gol que asegura la victoria. Aunque todavía quedan más de diez minutos de partido, el muchacho, en lo que es su silbatazo final, se acaba de un trago lo que queda de la caña, paga y se dirige a la salida rodeado por la luz azul, quién sabe si llevándola o arrastrado por ella. Puede no seguirlo, pero paga la cuenta aunque deje bastante jamón y queso. Una lástima, su presupuesto no da para

permitirse estos dispendios. Lo hace para comprobar, una vez más, que la luz es implacable y que para apagarla y salvarse tiene que empezar a actuar. Es verdad, como también que va tras ella porque es magnética y hermosa.



## 2.

Lo sigue a una distancia prudente. El muchacho baja por la calle San Bernardo hacia la Gran Vía. Va despacio, pero no puede afirmarse que vaya paseando. No se detiene en ninguna vitrina, no mira a la gente con la que se cruza, no busca detalles que llamen su atención. La luz azul contrasta con la noche, haciéndola más negra.

Su experiencia le indica que queda poco tiempo, pero no percibe ningún peligro ni ninguna circunstancia que explique el inminente final. Es noche de sábado y la calle está llena de gente, sobre todo de grupos de adolescentes y de hombres solos que los miran con rencor. No le deja de sorprender que nadie más vea la luz, cada vez más reluciente. O quizás la gente la vea en todas las personas y por eso no le llama la atención. Sería absurdo, pues entonces nadie se atrevería a salir a la calle. O tal vez sí. A final de cuentas, la luz azul no anuncia nada nuevo, más bien indica un lapso, la terminación de un periodo. Nada del otro mundo.

De nueva cuenta, como cada vez que sigue a alguien con la luz, se pregunta si no es su culpa, si no es él quien, mediante un criterio y un proceso que ignora, elige a los iluminados. Tal vez, de haber entrado en otro bar, esta noche hubiera sido diferente para el muchacho. Lo más probable es que no, que todo hubiera sido igual y que simplemente no hubiera habido un testigo. Tal vez en un bar distinto hubiera detectado la luz en otra persona, a la que ahora estaría siguiendo en otra dirección, sabiendo que el desenlace sería el mismo.

El chico le da lástima. Sin motivo aparente, de pronto camina más aprisa. Él también acelera el paso para no perderlo de vista y evitar que desaparezca en la noche, como el fantasma que sin saberlo ya es. Lo único que diferencia a un hombre de un fantasma es que el fantasma sabe que lo es. Por más que no atravesase muros, que no aparezca y desaparezca, que no flote, él también es un fantasma: uno que

recorre Europa. Se ríe del mal chiste. Los pocos días que ha pasado en Madrid se ha sentido un aparecido en un mundo con el que ya no tiene prácticamente nada en común; un extranjero sin lugar de origen. Al igual que los fantasmas, él es un desecho a quien el pasado, el presente y el futuro se niegan a acoger y expulsan con desdén y desagrado, sin darle demasiada importancia. Se identifica con el muchacho porque en este momento él también es un moribundo. Espera dejar de serlo pronto. Está en Madrid justo para revertir esta situación.

Tras dos cuadras, el muchacho entra inesperadamente en otro bar. Lo espera afuera. Sería una buena oportunidad para marcharse. Se repite las mismas excusas de siempre, sinceras, aunque en su persecución también hay algo de curiosidad. Sabe lo que va a suceder pero no de qué forma. Ve con alivio a la gente que pasa por la calle. Nadie más irradia la luz. En realidad ignora si son los cuerpos los que la irradian o si la absorben. Da lo mismo. El chico entró a ver el final del partido, que sigue dos a cero. Se irá con mal sabor de boca. Se pregunta de qué equipo español es esta noche. Su intuición le dice que el Atlético es más de izquierda mientras que el Real Madrid tiende a la derecha. Sin embargo, se solidariza con el chico y lamenta, por esta única noche, que los merengues hayan perdido.

Sale del bar y prosiguen su camino, uno detrás del otro. Teme perderlo entre la gran cantidad de gente que camina por la calle, pero el azul cenizo que el muchacho despide es cada vez más potente. La luz se ha intensificado a gran velocidad y lo que en el bar era un fulgor leve es ahora un resplandor clarísimo. Ingenuamente, al principio quiso creer que el destello era imaginario, fabricado por la paranoia y por el hartazgo de tener que contemplar la muerte cada vez más seguido. Pero ahora es tan nítida y tan exacta que parece incluso sólida: una luz que pide ser acariciada.

Camina otra cuadra, separados por pocos metros. Si fueran los únicos peatones se verían ridículamente sincronizados

en una coreografía que abarca varias calles. Un semáforo marca el alto y el chico se detiene. En pocos segundos está muy cerca de él, a sus espaldas. El amontonamiento en la esquina lo obliga a acercarse aún más y penetrar en la zona luminosa. Adentro, el azul es distinto, parecido al del neón de las peluquerías y de los bares pretenciosos y vulgares. Advierte que está chispeando, y no porque se moje, sino porque constata, fascinado, que las gotas no penetran en la luz. Tampoco hay ruido. No se está tan mal dentro de la luz, lo que es una pena, se mire por donde se mire. El frío regresa a su cara cuando el chico reanuda la caminata.

Él solo lleva una camisa blanca. Desentona con el resto de la gente, que va bien abrigada. Normalmente cuida estos detalles para no llamar la atención. Pero le gusta sentir un poco de frío. Cuando no se tiene temor a enfermarse o incluso a morir, el frío es una sensación agradable. Hace décadas que no pesca una gripa. Sonríe al imaginarse a la mañana siguiente con tos y dolor de garganta.

Según su experiencia, la luz está a punto de reventar. Ya no puede ser más intensa, de la misma forma en que el fuego, sin espacio para extenderse, ya no puede estallar más. Sin embargo, se sigue encendiendo. El muchacho ya no se ve. Le gustaría saber algo más de él: si estudia, sus gustos, si tiene novia, su tendencia política. Quien camina ahora por la calle es la luz. Solamente ella.

El chico camina cada vez más rápido. Un minuto antes parecía que no tenía nada que hacer ni ningún lugar al que dirigirse y ahora se apresura por llegar a alguna parte. Están a unos pocos metros de la Gran Vía. Como si rejuveneciera, el rojo del semáforo se convierte en verde y el chico se echa a correr. Él también apura su paso por temor a perderlo pero se detiene en seco al ver que la luz azul estalla y se desintegra, adquiriendo la negrura y la transparencia de la noche. Es una visión fabulosa. Los últimos puntos azules desaparecen y dan pie a los gritos de terror y los gestos de asco. El conductor desciende espantado. Los restos del muchacho

FEDERICO GUZMÁN RUBIO

están embarrados en el pavimento y en el frente del autobús. Sin la luz, el cuerpo luce todavía más muerto. Siente lástima y alivio por él. Es una buena hora para regresar a la pensión.

## 3.

Sale de la pensión y se dirige al bar donde ha desayunado los días previos. Ordena un café con leche, un jugo de naranja y un cruasán. Extraña los desayunos mexicanos, brasileños o colombianos. Después, se echa a andar sin rumbo fijo. Si la víspera tenía la excusa de que estaba reconociendo la ciudad y averiguando si la luz aparecería, ahora no cuenta con ningún motivo para justificar sus paseos. Lleva en el bolsillo un papel con un par de nombres y direcciones. Ni siquiera investiga dónde quedan.

A pesar de que la noche anterior llegó mojado, no se siente enfermo. Es un indicador de que el proceso de degeneración se encuentra en sus fases iniciales. Sus pasos lo llevan al barrio de Lavapiés. Baja por la calle del Olivar hasta la plaza. Le sorprende el número de negros que hay. ¿Qué tan receptivos serán con el discurso de izquierda? Si cruzaron media África a pie y el Mediterráneo en cayucos, sumarse a la revolución no les supondrá mayor sacrificio. O de perdida votar por un partido de izquierda, si es que queda alguno y las elecciones sirven de algo. Pero para eso necesitan papeles. Es más práctico hacer la revolución: no se requieren credenciales.

Podría organizar algo en África, territorio propicio para la lucha armada donde los haya. Es verdad que en el Congo y en Angola no tuvo experiencias halagüeñas pero ahora corren otros tiempos. Ya abordará a un grupo de africanos para tantear el terreno.

Sigue su camino sin dirección y toma, sin saber que así se llama, la calle del Sombrero. Dos negros, jóvenes y de cuerpos atléticos, salen de un portal y se quedan parados, como esperando algo. Diría que vienen de Senegal, pero no está seguro. Mientras no sean congoleños o angoleños todo está bien. Está a punto de hablarles cuando reconoce la esquina en la que se encuentra. Entonces le viene a la mente un bombardeo ocurrido durante la Guerra Civil.

No fue una escena particularmente cruenta o memorable para alguien que ha participado en decenas de guerras. Ni siquiera hubo muertos o heridos. A plena luz del día, un bombardero nacional lanzó una única bomba. No hubo víctimas a pesar de que circulaba bastante gente por la calle. La bomba cayó en un carrito de zapatos cuyo vendedor había corrido a guarecerse. Era un niño de unos catorce años. Al ver el carro destrozado y los zapatos esparcidos por toda la calle, quemados y doblados, como si hubieran sido fabricados para un pie deforme, se puso a llorar en cuclillas, contra la pared. La misma pared donde ahora están los negros que de vez en cuando pronuncian una palabra para confirmar que siguen ahí.

Le hubiera gustado consolar al vendedor de zapatos, incluso llevarlo a uno de los albergues que todavía funcionaban, pero tuvo que marcharse de inmediato a entregar un mensaje. Quizás ese niño todavía viva y sea alguno de esos viejos que quedan en el barrio, recelosos de los inmigrantes y de los jóvenes con ínfulas artísticas e intelectuales que ahora lo ocupan.

Se le quitan las ganas de hablar con los negros y sigue caminando. Varias veces ha rememorado episodios de la guerra pero ninguno de forma tan nítida como la bomba de los zapatos. Además, la mayoría de las veces, duda si realmente recuerda o si más bien recrea imágenes a partir de la infinidad de fotografías, películas y libros que ha visto y leído sobre la Guerra Civil.

Ha pasado frente al Hotel Palace, que sirvió como hospital, y frente al terreno que ocupaba el Cuartel de la Montaña, donde hoy, por increíble que parezca, se alza un templo egipcio, y no sintió lo que siente ahora en Lavapiés. Lo que a otras personas les sucede con ciertos recuerdos de infancia, que a fuerza de escucharlos una y otra vez acaban ganando y a la vez perdiendo realidad, a él le pasa con la Guerra Civil española, con la batalla de El Bramadero en Nicaragua o con los combates en la Sierra Maestra en Cuba.

Otras veces confunde lugares y tiempos. No es capaz de precisar, por ejemplo, si un tiroteo o la toma de una casa de seguridad ocurrió en San Salvador, Ayacucho o Tucumán. En el barrio de Argüelles creyó reconocer un edificio al que acudió a una junta con un grupo italiano. Se acordaba de los asistentes y hasta de algunos detalles de lo que charlaron, como la organización del secuestro de un empresario milanes, ejecutado con éxito. Minutos después cayó en la cuenta de que eso debió de haber ocurrido a finales de los setenta y que él no había vuelto a España desde el 39. Haciendo memoria concluyó, sin estar completamente seguro, que la reunión tuvo lugar en Turín. Quién sabe qué tendrán en común Turín y Argüelles, aparte de mezclarse y suplantarse en su cabeza.

Un viejo que pasa lo regresa al presente, donde, porque no hay tiempo para pensarlas, las cosas son lo que parecen. Al menos más que en el pasado. El brillo esplendoroso de la luz azul contrasta con la decrepitud de su portador. Ya no le sorprende verla, mucho menos en un viejo. La noche anterior fue cruel porque la muerte de un muchacho siempre es cruel. La luz del viejo, además, no le sugiere nada nuevo. Era cuestión de horas para que reapareciera y le tranquiliza que lo haya hecho en un anciano. No hace falta percibir la luz para concluir que ese hombre se caerá muerto en cualquier instante. Claro, ese instante puede tardar un año, incluso cinco o diez, pero cuando llegue no será ninguna noticia inesperada. Por costumbre y por no tener nada mejor que hacer, lo sigue. El viejo lleva la bolsa de las compras en la mano izquierda y con la derecha se sostiene en un bastón. Lo va a ayudar –lo menos que se le puede pedir a un inmortal es que sea cortés con los agónicos–, pero se detiene, ya que si el viejo muere junto a él tendría que llamar a los servicios médicos, quizás hasta hablar con la policía, y es desaconsejable mantener el mínimo contacto con las autoridades españolas.

Seguir al muchacho la noche del sábado resultaba emocionante; existía el riesgo de perderlo y no tenía idea de

cómo iba a morir. Seguir al viejo, en cambio, es aburrido e imprudente ya que resulta difícil andar tan despacio, detrás de él, en esas calles medio vacías, sin resultar sospechoso. Recorren dos cuadras en diez minutos. La luz se intensifica a mucha mayor velocidad de la que el viejo camina. Varias veces se detiene dando la impresión de que llegó a su destino, pero solo son pequeños descansos que se toma para continuar la marcha. No es tan sencillo precisar cuándo está inmóvil y cuándo se desplaza. Finalmente, busca las llaves en el bolsillo y se pierde dentro de un edificio.

Se queda parado, sin saber qué hacer. Decide esperar, aunque no sabe exactamente qué. A los quince minutos se mete en un bar desde el cual se ve el edificio del viejo. Pide una caña. Se la toma lentamente. Lee dos periódicos: uno de supuesta izquierda, para vigilar al enemigo disimulado, y uno de franca derecha, para vigilar al enemigo declarado. Pide otra caña. Se va del bar y entra en un restaurante indio en el otro extremo de la calle. Exige que el curry pique. Come abundantemente. Se escucha la música árabe que sale de algún departamento del edificio. Entran una pareja de cincuentones, una familia de latinoamericanos y una chica española a la que juzga bastante atractiva a pesar de sus rastas. Se harta de la música y regresa al bar. Pide un orujo. Pide otro.

Se aburre. Llega una ambulancia y se detiene frente al edificio. Los paramédicos bajan rápidamente; se saben observados. A los quince minutos salen con el hombre en camilla. Tienen que esperar a que una vieja que llora suba a la ambulancia, lo que lleva su tiempo. La luz azul revienta y se extingue dentro de la ambulancia que se aleja. Pide un último orujo.